

SAP Y ÉTICA ELEMENTAL

Vicente Serrano

Hay un viejo principio moral que está presente de algún modo en la mayor parte de las culturas y que se conoce como regla de oro. Tiene múltiples versiones y variados matices “No quieras para los otros lo que no quieras para ti”, “ponte en el lugar del otro”, “amarás al prójimo como a ti mismo”. En su versión filosófica tiene que ver con la empatía o con lo que llamaba Hume el sentimiento básico de *simpatía*. Pero tiene que ver también con el reconocimiento del otro e incluso con el llamado imperativo moral kantiano. Es la verdadera fuente de la solidaridad bien entendida

Este último, el imperativo kantiano, afirma en una de sus formulas, la más concreta y la más comprensible también: “actúa siempre de modo que te consideres a ti mismo y a los demás como fin y nunca como medio”.

Es más comprensible porque apela a nociones claras para todos: no manipular a los otros ni a uno mismo, no convertirse a uno mismo ni convertir a los otros en objeto ni herramienta al servicio de ningún fin, incluso por lícito que éste sea. Apela a la condición de persona, a la dignidad de lo humano como algo diferente a la cosa. Nos recuerda que toda manipulación es una falta de respeto a esa condición.

La forma más extrema, la más terrible y la más visible de esa manipulación es la tortura. Pero hasta llegar a ella hay infinitos grados.

Aquel que olvida su propia condición personal y su autonomía, la sacrifica dogmáticamente a una idea y se deja abducir por ella, como ocurre en las sectas y en otras organizaciones, ha perdido esa condición personal y literalmente se convierte en una marioneta al servicio de otros fines, de otros intereses, fines e intereses que nunca pueden ser muy nobles cuando exigen y permiten esa despersonalización de su acólito.

Aquel que sacrifica a sus hijos y a sus demás seres queridos en función del dogmatismo de esos intereses avanza un grado más en esa pendiente hacia el abismo de lo inmoral y lo amoral y se

aproxima al torturador. Porque el torturador, en realidad, más allá de otras perversiones posibles, se caracteriza por no reconocer esa condición personal de los otros, los ha cosificado al servicio de la idea o del dogma, los ha sacrificado. Simplemente no los ve, por eso no siente su dolor, no lo consiente, no lo compadece. Es incapaz de la piedad, carece de conciencia moral y a partir de ahí podrá incluso justificar su acción razonadamente como el paranoico y el psicópata, e incluso exhibirá fríamente discursos que le acoracen contra la culpa.

Lo mismo puede decirse de aquel que se sacrifica a sí mismo y a los otros a un sentimiento ciego como el odio o la venganza. Se pone al servicio de ese fin abismático y voraz que todo lo engulle.

Por eso el llamado síndrome de alienación parental es una forma de tortura. Da igual que se le llame síndrome, dan igual las discusiones académicas y de las sociedades médicas y psiquiátricas. A estos efectos da igual. La ética sabe muy bien de que se habla y lo ha formulado de muchos modos. El dogmatismo ciego, el fanatismo, la creencia cerrada de estar en posesión de la verdad, el carácter delirante del iluminado, la mortal rigidez binaria del que cree poseer los secretos del bien y del mal, conducen inevitablemente a esa senda de la que tantos ejemplos terribles ha conocido la historia.

Cuando la idea dogmática convertida en fin y el odio se alían entonces los efectos son sin más devastadores y queman todo lo que hay a su alrededor. Los suicidios colectivos de las sectas son una expresión de eso, como los campos de exterminio. Pero también hay formas ocultas y progresivas en que la secta alimenta el odio y lentamente el acólito se va suicidando y pide a sus hijos que le acompañen. No es tan visible pero es igual de atroz.

En España esto ocurre aquí y ahora y de forma sistemática y organizada y además con dinero público y apoyo mediático.

¿Hasta cuando?